

3º DOMINGO DE ADVIENTO. EVÁNGELIO SEGÚN SAN MATEO 11,2-11.

En aquel tiempo, Juan, que había oído en la cárcel las obras de Cristo, le mandó a preguntar por medio de dos de sus discípulos:

-¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?

Jesús les respondió:

-Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los inválidos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia. ¡Y dichoso el que no se sienta defraudado por mí!

Al irse ellos, Jesús se puso a hablar a la gente sobre Juan:

-¿Qué salisteis a contemplar en el desierto, una caña sacudida por el viento? ¿O qué fuisteis a ver, un hombre vestido con lujo? Los que visten con lujo habitan en los palacios.

Entonces, ¿a qué salisteis, a ver a un Profeta?

Sí, os digo, y más que profeta; él es de quien está escrito:

«Yo envío mi mensajero delante de ti para que prepare el camino ante ti.»

Os aseguro que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista, aunque el más pequeño en el Reino de los cielos es más grande que él.

Y nosotros ¿A QUIEN ESPERAMOS?

El profeta Juan, el que pregonó la venida del Mesías y había presentado a Jesús como el hombre poderoso capaz de poner orden en aquella sociedad, está desconcertado. Él lo había descrito en términos de fuego devorador y sin embargo Jesús se manifiesta en términos de misericordia, de perdón, de acogimiento a todos, incluidos los pecadores.

Y Juan no está seguro de que Jesús sea el Mesías del que él había hablado y envía a dos de sus discípulos a preguntarle: "¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?". La respuesta de Jesús fue "Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo".

En nuestra sociedad, hoy también, hay mucho desconcierto. Se reconoce abiertamente que las cosas no van bien pero los gobernantes no son capaces de poner orden. La economía, la paz social, el medio ambiente no atraviesan los mejores momentos y el hombre de hoy también sufre; hay desconcierto e incluso miedo al futuro.

Es verdad que en nuestro mundo hay líderes influyentes que luchan por conseguir una sociedad más justa. No podemos olvidar hoy al recientemente fallecido Nelson Mandela, quien gracias a su fortaleza y trabajo, sufriendo graves penalidades, logró que se erradicase el apartheid en Sudáfrica. A la Madre Teresa de Calcuta, acogiendo a los más pobres de entre los pobres de la tierra o nuestro Papa Francisco a quien vemos lleno de vida y dispuesto a reconducir la Iglesia según el espíritu de Jesús. Y tantos otros...

Pero sin embargo, no son pocas las cosas que deben cambiar. Es preciso que:

- Se valore a la persona por encima de las cosas
- La persona no sea amansada, embotada, explotada, marginada
- No se viva bajo el signo de la tristeza y/o el miedo
- La amistad y la solidaridad sean algo más que palabras
- El progreso no sea dios cruel e inhumano

- La naturaleza no sea violada ni destruida
- La palabra prevalezca sobre las armas, que deben ser destruidas
- Se ofrezcan razones válidas para vivir y morir
- El ser y el sentir, la verdad y el amor sean valores primarios



Nunca, nunca y nunca otra vez, debería ocurrir que esta tierra hermosa experimente la opresión de una persona por otra.

Es por ello que, hoy también, necesitamos la venida del Mesías a nuestros corazones. Los líderes del mundo, siendo importantes, no son más que humildes ejemplos de fortaleza y compromiso para cambiar la sociedad.

Pero el verdadero cambio, para que sea real, sólo puede producirse en mí, en mi conciencia, en la decisión de acoger a Jesús, de vivir según sus principios aunque el mundo - los que nos rodean - no lo practique.

Pero el que el mundo necesite un cambio no ha de ser motivo de tristeza o desolación y menos ahora, en este tiempo de Navidad. Toda crisis es una oportunidad para crecer y la Navidad que se acerca es tiempo de fiesta de gozo y salvación, tiempo de acoger al Mesías, tiempo para dar un paso hacia Jesús. Es tiempo de alegría.

Y la alegría comienza en el instante mismo en que uno suspende sus afanes de búsqueda de la propia felicidad para procurar la de los otros. En la cúspide de la entrega y del olvido de sí, florece la alegría y se reencuentra la vida.

¡Que en este tiempo de Adviento, de preparación a la Navidad, seamos especialmente sensibles con los que sufren!

¡Que como decía Jesús, otros puedan sorprenderse gratamente de lo que estén “viendo y oyendo” en nosotros!

¡Será la manera de celebrar con sentido el nacimiento de Jesús en nuestros corazones! ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
15 de diciembre de 2013